

Riesgos y paradojas de la educación moral

FRANCISCO LAPUERTA AMIGO*

Mucha gente comparte la intuición de que hoy, más que nunca, es necesaria una educación basada en la transmisión de valores cívicos y morales; la tremenda crisis de valores —se dice—, que se detecta sobre todo entre los jóvenes, nos afecta ahora más que en cualquier otra época, y hemos de aunar esfuerzos para combatirla antes de que nos lleve irremisiblemente a una situación de completa anomia moral. Esta advertencia, en ocasiones grandilocuente, a veces gemebunda, pero siempre afectada, tiene la dudosa virtud de ser como una canción intemporal que no sucumbe ante los vaivenes de las modas. Pero no la despacharía yo como un falso tópico porque, aunque yerra en la ubicación temporal

del fenómeno denunciado (ese “hoy más que nunca”), su fondo es tan verdadero como que todos los años cae, desde que se recuerda, alguna que otra tormenta.

En efecto, desde tiempos inmemoriales se escucha esta sentencia. Con más o menos parecido énfasis se hablaba de la “actual” crisis de valores cuando yo era estudiante, y así se siguió hablando después, cuando comencé a dar clases de ética en un instituto de secundaria, hace unos quince años. Año tras año la desaprobación de los flacos valores que reinan entre los jóvenes no ha perdido actualidad, y hoy, como ocurrirá en un futuro próximo y lejano, se vuelve a hacer hincapié en la poco

* Doctor en Filosofía

original idea de que la situación está ahora peor que nunca. A pesar de lo aburrido que resulta seguir escuchando siempre lo mismo, pienso que si mi pronóstico es equivocado y algún día dejamos de oír cosa semejante, entonces habrá motivos muy serios para preocuparse.

Y es que, a mi juicio, la inquietud que produce la escasa raigambre de los valores cívicos y morales entre las generaciones más jóvenes, no es sino un síntoma de que las generaciones que no lo son tanto han acabado asumiendo, en cierta medida, los valores que reclaman. Al menos, se ha asumido por completo la necesidad de transmitirlos. Si existe un clamor contra la ausencia de valores es porque se trata de una cuestión que socialmente importa. Interesa ahora y ha interesado siempre la educación de la sensibilidad moral, la inculcación de normas elementales de cortesía, la adopción de valores como los del respeto, la dignidad individual o la solidaridad colectiva. Todo ello se estima muy necesario y sería impensable que en algún momento la opinión pública expresara haber alcanzado ya una cota suficiente de educación en los valores. A lo sumo, podría concebirse cierta satisfacción sobre la manera en que estos valores se están intentando inculcar desde diferentes instancias. Para comprobar cómo en ningún caso nos encontramos libres de ciertos riesgos y paradojas, propongo analizar la situación desde tres de estas instancias: el individuo, la familia y la escuela.

Individuo. La incómoda necesidad de transmitir lo valioso

Individualmente, cada uno de nosotros divide su personal estimación entre un elenco de valores propios que considera no necesariamente transferibles, y otro elenco sobre el que cierne la intuición de que es conveniente (o beneficioso, o incluso un deber moral inexcusable) su

transmisión a otros individuos. A uno le puede encantar pasear por la playa y no desear que a todo el mundo le gustase hacerlo. Pero puede sentir, cuando oye una sonata de Mozart, que quien no la conozca está perdiéndose algo inconmensurablemente valioso, y en consecuencia tendrá a bien considerar la música de Mozart en particular, y la clásica en general, como un valor objetivo, exponente de la cultura de la profundidad, que habría que procurar conservar y difundir. Un problema que nos encontramos aquí es que la divulgación de un valor que consideramos exquisito corre el peligro de convertirlo en recurrente y vulgar. Aunque parezca que esto ocurre sólo entre valores estéticos, es interesante descubrir que también ocurre cuando el valor es moral. Pondré un ejemplo: un transeúnte que ha tenido la oportunidad de evitar el atropello de un niño por parte de un automóvil desearía seguramente que cualquier persona en su lugar hubiera podido hacer lo mismo, pues el valor primordial de su acto consiste en haber salvado una vida; ahora bien, no podrá dejar de estimar, en su fuero interno, que el hecho de haber sido él quien ha realizado la heroica acción constituye, para él, un valor moral subjetivo. Si todo el mundo pudiera diariamente hacer lo que él hizo, seguiría siendo moralmente aceptable salvar niños, pero tal acción habría perdido la parte de su valor debida al heroísmo. La paradoja es que estimamos lo valioso en la medida en que nosotros mismos tenemos un acceso privilegiado a ello incluso cuando preferimos ver su valoración compartida. A todo individuo le gusta tener sus valores; a veces tanto, como para considerar necesario compartirlos. De este modo, los valores ganan objetividad si realmente logran granjearse la estimación intersubjetiva, primer paso para que uno deje de sentirlos suyos.

Familia. El conflicto entre el deber y el querer

Los hijos no se socializan por sí solos en el ámbito de la familia: hay tantas maneras de hacerse adulto que no basta con dejar que la necesidad de ser educado que tiene el niño se cubra espontáneamente, sin una intervención directa de los padres en el terreno de los valores. La tarea educativa de los padres hacia sus hijos incluye la formación moral conscientemente dirigida, pero también el disfrute de la convivencia. Ambas dimensiones de la actividad parental se solapan constantemente, pero a menudo entran en conflicto cuando, en la experiencia cotidiana, la formación se ejerce como un deber ineludible frente a algún tipo de resistencia. Nadie que tenga hijos admitirá que la tarea educativa de los padres es un camino sin obstáculos. Las resistencias abundan, y ante ellas los padres hacen constantes equilibrios en la cuerda floja: tratan de combinar la agradable actividad práctica de sus relaciones con sus hijos, basada en el buen humor y el afecto, en el juego y el cuidado, y la no tan agradable actividad poética, que surge de la conciencia del deber de formación, y que comporta ciertas dosis de intransigencia, reprensión, insistencia y, por qué no decirlo, castigo. Cuando los padres fracasan en el lado poético de la cuerda, suelen achacar al hijo el haber pilotado de un modo independiente e inadecuado su formación, cargándole con la responsabilidad del fracaso y atribuyéndole un poder autoformador del que carece. La frustración es en estos casos tan lacerante que lo último que suele ocurrir es el reconocimiento del propio fracaso. Es verdad que los niños no están hechos de un material completamente moldeable, pero también es cierto que son producto de la experiencia vivida en el seno de la familia, donde los padres han tenido que mantenerse en equilibrio entre el disfrute y la formación. Regular una justa distribución de fuerzas es

lo que convierte la tarea de ser padres en una actividad arriesgada.

Escuela. Problemas de sobrecarga pedagógica

Los profesores sabemos que no es fácil inculcar valores. En una clase en la que constantemente hay que estar llamando la atención a una horda de granujillas dispuestos a poner a prueba la capacidad de supervivencia anímica del profesor, educar en los valores suena a feliz utopía anarquista; si no hay orden ni autoridad en la propia aula, ¿cómo van a desarrollarse valores en las conciencias? No es sólo un problema de impotencia, sino también de método. Por un lado, todos los profesores de ética tenemos en mente la recomendación de Aristóteles de que lo importante no es conocer las teorías morales, sino saber actuar. Por otro lado, el mismo filósofo griego nos ha enseñado que saber actuar, moralmente hablando, no depende de lecciones escolares, sino de una firmeza en el carácter que sólo puede adquirirse haciendo de las virtudes éticas un hábito. Los maestros suelen decir que ciertos hábitos los deben inculcar los padres en casa, pues si éstos delegan en los maestros su responsabilidad educativa podría convertirse la escuela en una especie de aparcamiento para niños intratables. Al parecer, esto mismo es lo que está ocurriendo actualmente, aunque yo tiendo pensar que tal vez es lo que ha estado ocurriendo siempre.

La educación moral en la escuela compete a toda la comunidad educativa, desde el conserje hasta el director pasando por todos y cada uno de los docentes. Cuando los contenidos morales recaen directamente sobre uno de ellos, como es el caso de quien imparte clases de ética, se incurre en un riesgo conocido: inculcar valores no sólo no sirve habitualmente de nada, sino que a veces produce el efecto contrario por un rebelde rechazo a la forma empleada en administrarlos (si ésta es paternalista o

dirigista), especialmente en la adolescencia. La paradoja que resulta es que cuando el profesor no manifiesta explícitamente su intención de transmitir valores, el efecto educativo es mayor que cuando lo hace evidente. Hay recursos pedagógicos que tratan de resolver este problema, pero no se trata de un asunto de material didáctico, sino de actitudes humanas. Realmente, es tan difícil educar moralmente sin que se note demasiado que casi vale la pena dejarlo y confiar en otro poder: la transmisión no intencionada de valores mediante el ejemplo. Terminaré con una anécdota personal que puede ilustrar este extremo. Recientemente, unos alumnos me preguntaron por qué no hacíamos un debate sobre la pena de muerte en clase. Les expliqué la verdad: desde hace años me niego a debatir sobre este tema; después de haber escuchado a otros alumnos arengas muy a favor, seguidas de otras que reprueban la pena de muerte porque la consideran más leve que una tortura perpetua en la cárcel, mi capacidad de aguante llegó a un límite. ¡Nada de debates sobre la pena de muerte! Seguramente habré transmitido hacia ellos, sin pretenderlo, el valor de la intolerancia, y no sé si el de la cobardía. No me importa. Pero secretamente, confieso, guardo la esperanza de que su observación de mi actitud pueda haberles servido mejor que cualquier argumento.